

el cristianismo ama á Dios como la soberana belleza, y al cielo como su patria.

El bautismo de agua y el bautismo de sangre.

LEYENDA.

Por el año de 290, llevó San Claro la llama de la fé á los habitantes del *Condivincum* (hoy Nantes), con sus predicaciones, su santidad y sus milagros : quitó á los falsos dioses un gran número de adoradores. Entre los numerosos cristianos se contaba especialmente á Donaciano, hijo del gobernador de la ciudad. Las sublimes verdades del Evangelio habian tocado su corazon, y le habian hecho abandonar las halagüñas prácticas de un culto afeminado, para abrazarse á la cruz del Dios de los sufrimientos. Una conversion tan notable no pudo permanecer oculta ; el neófito fué conducido ante el pontífice de los ídolos, y allí confesó á JESUCRISTO. Se le revistió en el acto de la ropa de los mártires ; y tal, como un gran pintor nos ha representado á San Gervasio marchando á la muerte, Donaciano se lanzaba hácia el lugar del suplicio. . . . cuando su jóven hermano Rogaciano se ofreció á su vista : iba coronado de flores, y se dirigia al banquete de una fiesta voluptuosa. Ignoraba la nueva religion, y los peligros de su hermano.

—¿ Dónde le arrastrais ? gritó á los líctores.

—A la muerte, respondieron los bárbaros.

—A la gloria, replicó el valeroso cristiano. Voy á morir por Jesucristo. ¡ Oh, hermano mio, te compadezco, porque no conoces al Dios del cielo y de la tierra : él solo es el verdadero Dios, y no hay otros mas que él. Los que tú adoras son obras de la mano del hombre y perecerán como él. Pero el Salvador por quien voy á padecer algunos instantes aquí, es la *resurreccion y la vida* : él me dará en el cielo las delicias eternas. Rogaciano, cree como yo, para que muera en paz. ¡ Muramos, muramos juntos, para renacer inmortales !

Las palabras del cristiano tuvieron un poder divino ; el corazon del ídolatra fué tocado ; sus ojos se abrieron á la luz de lo alto. Rogaciano vió un Dios todo radiante de gloria, en lo alto del paraiso, que le enseñaba dos coronas : se lanza hácia Donaciano, lo estrecha en sus brazos

y se coloca á su lado. El mártir en su santa alegría, no pudo ¡ ay ! estrecharlo en su seno : sus manos estaban cargadas de cadenas, y solo pudo, agradecido á Dios, poseerse de piedad contemplando la tierna juventud de su hermano : la multitud estaba conmovida. La compasion se apoderó de esta multitud, que una feroz curiosidad habia reunido ; y se oian las voces que decian :

“ Apenas han salido de la infancia, y ya quieren morir : ¿ quiénes son, pues, estos cristianos, que menosprecian así la muerte y los tormentos ? ” Otros exclamaban : “ Ellos adorarán á Júpiter : que se les conduzca al templo. Si rehusaren sacrificar á los dioses inmortales habrá tiempo para hacerlos morir. ”

Segun la voz del tropel, fueron los cristianos conducidos al templo de los ídolos : marcharon uno al lado del otro, llenos de resignacion y de inocencia. Rogaciano estaba aún todo cubierto de flores y cintillos : escuchaba las palabras de vida que salian de la boca de su hermano, y se afirmaba en la fé. Llegaron al templo de Jano ; allí les presentó el pontífice la copa de las libaciones, y el incienso de los sacrificios. El pueblo unia sus plegarias á los mandatos del gran sacerdote ; todo fué en vano. Rogaciano arroja lejos de sí el vaso de oro que se le ofrecia, y esclama :

“ ¡ Perezca el culto de los falsos dioses ! Aquellos que se han adorado hasta aquí, no son mas que vanas imájenes. El verdadero Dios es el de los cristianos. . . . este es el de mi hermano y el mio. Hacednos morir ; no sacrificaremos mas que á JESUCRISTO, y este sacrificio será nuestra propia sangre : llevadnos á la muerte. ”

Entonces la multitud olvida la piedad, pide su muerte, y los cubre de ultrajes. Los dos hijos de Dios no se inmutaron, y marcharon con paso firme hácia el lugar del suplicio.

Este se hallaba como á mil pasos del templo de Jano (donde actualmente se halla la Catedral), y hácia la parte donde hoy se ven, sobre el camino de Paris, dos cruces de madera y dos olmos : allí los verdugos se ensayaron en nuevos tormentos, antes de dar la muerte á los cristianos. Cuando Donaciano vió correr la sangre de su jóven hermano, le gritó : “ Hermano, ten valor ; hé aquí el bautismo que tú querias ; la sangre de los mártires es otro bautismo que abre la puerta de los cielos, y dá la eterna felicidad. ” Todavía exhortó á Rogaciano, que ya habia dejado de existir : un instante despues, un último hachazo lo libró tambien de la vida ; y las dos almas cristianas, como dos cisnes que huyen de la region de las tempestades, volaron desde la tierra, al cielo que los esperaba.